

Trauma, angustia y comunicación.

Guillermo Mattioli

Hace ya unos cuantos años circulaba una frase en los ambientes lacanianos que en versión sintética venía a decir que “si el analizante dice que está angustiado no lo está”. Durante bastante tiempo esto fue evidente para mí, y, en cierto sentido, sigue siéndolo aunque mucho menos, en primer lugar porque ya he visto bastantes pacientes sufrir ataques de ansiedad en toda regla y poder decirlo al mismo tiempo, y también he visto otros que en sesiones de hipnosis o de EMDR, aunque no lo dijeran explícitamente sus palabras y gestos lo manifestaban de manera no menos expresiva, al mismo tiempo que experimentaban escenas que mostraban vívidamente el origen de su angustia.

De todos modos siempre produce sorpresa la desproporción entre lo dicho y lo mostrado, lo desmesurado de la expresión afectiva si la comparamos con la pobreza verbal de su descripción. Resulta clarísimo que en la angustia algo muy grave resta no dicho en las palabras.

Desde entonces quedó señalado para mí un campo que a lo largo de los años me ha ido reapareciendo, el de la relación entre la angustia y su comunicación en el contexto terapéutico. Más adelante, al comenzar a trabajar de manera frecuente y sistemática con niños y adultos que habían vivido experiencias de maltrato, abuso sexual o negligencia, este interés cobró un nuevo impulso al relacionar la angustia con las vivencias traumáticas.

Esta comunicación pretende compartir con ustedes algunas reflexiones que no valdrán tanto por su originalidad como por su cercanía con una práctica muy concreta, la atención del niño maltratado, la de sus adultos maltratantes (invariablemente antiguos niños maltratados) y con el trabajo encaminado a restaurar en el equilibrio psíquico del niño una versión de sí mismo y de sus vivencias que le permita superar los atolladeros emocionales a que lo han abocado tanto sus experiencias como las maniobras mentales defensivas a que ha tenido que apelar para conservar el amor que necesita sentir y recibir en relación con sus adultos.

Hace ya bastantes años los psicoanalistas de todas las escuelas estamos recuperando la noción de trauma. En verdad el trauma no desapareció jamás de nuestras teorías, pero hemos pasado del trauma como un acontecimiento a la dimensión de lo traumático como la condición básica original de la construcción de la subjetividad. En este nivel general la tarea primera y permanente de la mente sería, en términos freudianos, la de transmutar cantidad (de energía pulsional) en cualidad representacional. Desde los inicios de su construcción y como fundamento de su desarrollo, el aparato psíquico se encargaría de elaborar sensaciones, emociones, angustias y vivencias en general para transformarlas en piezas simbólicamente utilizables. Existen varias maneras de referir este proceso (según Freud, Klein, Bion, Lacan, Winnicott, Fairbairn, etc) que, aunque conservando diferencias según el peso que le atribuyan a la psicogénesis, coinciden todas en describir algún procedimiento de traducción entre diferentes formatos de lenguaje computacional (como diría un cognitivo) categorizando o fracasando en categorizar emociones, sentimientos, pensamientos y palabras, tal como son percibidos consciente, preconsciente o inconscientemente.

Pero, más allá de este primer nivel de la dimensión traumática, también podemos hablar del trauma en su primera versión, la del acontecimiento, con su desmesura y su potencia para destruir las incipientes capacidades procesadoras de la mente, y que puede ser provocado por motivos que van desde el puro desamor (el niño que no es de nadie, que parece no significar nada para nadie) hasta la agresión claramente intencional al niño que por el contrario, está demasiado cargado de significado para su agresor.

Si en el primer caso la tarea primordial de la mente es la de producir representantes psíquicos de la pulsión, elaborar vínculos con el adulto que permitan la inscripción de experiencias de satisfacción y confianzas básicas, necesarias para el desarrollo de la capacidad de fantasear y del deseo, en el segundo hablaremos de la dura tarea de controlar angustias de aniquilación, intentando que tanto el cuerpo, como la mente como la relación con el otro puedan sobrevivir. El exceso de excitación ya no es de origen pulsional, con la mente ligando cualitativamente lo cuantitativo mediante la construcción de un aparato psíquico deseante, promotor de proyectos y clarificador de eventuales confusiones, sino la mente intentando tramitar el dolor físico, el miedo y sobretodo la confusión.

Veamos un ejemplo.

En los primeros días de su ingreso, Jorge, un niño de unos tres años, está muy angustiado. Parece vivir en su propia película, ordena sus juguetes y los riñe duramente ordenándoles que no se muevan. Lloro sin parar y no cesa de darse golpes en la cabeza con los puños, también se araña furiosamente la cara. Por la noche le cuesta mucho dormir. Con una historia de negligencia crónica y cruel maltrato físico reciente que le ha llevado a perder varios dedos de una mano quemada sobre una estufa eléctrica, según parece por obra de un compañero de su madre, pareciera estar reviviendo escenas de violencia de las que ha sido objeto. Cuando alguien se le acerca hablándole en tono cariñoso, cogiéndole la mano, intentado sutilmente que en vez de golpearse se haga alguna caricia, comienza a calmarse sin ceder del todo la inercia autogolpeante. A los pocos días está más tranquilo, se deja levantar en brazos y consolar, se nota que intenta disimular el placer que le producen las atenciones. Comienza a discriminar a cada adulto conocido pero por la calle, cogido de la mano del cuidador se dedica a seducir a todo el mundo, como si fuera a irse con cualquier extraño. Parece creer que la entrega al otro es el mejor recurso para prevenir golpes. Le encanta jugar a “¡está y no está!” y taparse la cara con un papel, cada día dice más palabras.

Todo este proceso se verá seriamente afectado cuando después de varios meses vuelva a tener contactos con su madre, recién salida de la cárcel. Jorge tan solo una vez al comienzo del ingreso había dicho la palabra “mamá”, llorando abundantemente. Desde entonces no había vuelto a mencionarla y se podía pensar que su recuerdo había quedado dissociado en algún lugar de su mente, convenientemente cubierto por la relación idílica que estaba estableciendo con los adultos del centro, convertidos todos en su mamá. Cuando reaparece su madre le retornan las angustias, se hace caca encima, habla de monstruos en su habitación, se duerme en la clase y llora. Parece como si en el intervalo hubiera exorcizado algo de la imagen de la madre negligente y maltratante. Ahora, cada vez que se siente perjudicado por algo, amenaza con “chivarse a su mamá” transformada en su protectora máxima. Sin embargo, su tendencia a la seducción en general, a la entrega fusional al otro continua con él.

Otro caso.

Antonio es un niño de 10 años, a quien su madre dejó en su país de origen con una tía a los 5, y a quien finalmente ha podido traer con ella, que mientras tanto se ha casado con un príncipe de color extremadamente azul. Antonio, en estos cinco años en

que no se vieron, informó en un par de ocasiones por teléfono a su madre que la tía lo castigaba físicamente de manera muy salvaje. La madre no podía irlo a buscar por miedo a no poder volver, y no pudo tomarlo muy en serio. Cuando finalmente lo trae el niño está hecho verdaderamente un salvaje, no tiene límites, le coge las cosas a su padrastro. La madre, temerosa de perder a su marido lo castiga severamente, le pega con un cinturón, lo tiene horas de rodillas con los brazos en cruz. El padrastro se obstina en hacerlo catalán de pura cepa, lo tiene horas estudiando el idioma, copiando páginas de la enciclopedia, etc. Finalmente el niño huye de casa y aconsejado por un amigo pide ayuda a la policía. La administración encarga un informe de urgencia, declara su desamparo, es tutelado e ingresado en el centro.

Su comportamiento, ansioso y atolondrado, exhibe ya de entrada todos los signos de haber padecido una iniciación sexual muy traumática. Hipersexualizado, gestos y lenguaje muy procaces, provoca y propone juegos sexuales a niños menores, se exhibe y masturba en público. No soporta oír llorar un bebé y se tapa los oídos. Es muy fácil de hacer enfadar y entonces pega indiscriminadamente, en todas direcciones, como alguien que se estuviera defendiendo en la oscuridad. Si se observa de cerca resulta que su comportamiento no es nada activo, más bien es del tipo reactivo. Otros niños más astutos rápidamente comienzan a utilizarlo de chivo expiatorio de travesuras más o menos graves que hacen pasar como si las hubiera comenzado él.

En las entrevistas, ya más calmado expresa un enorme enfado contra la madre y contra su padrastro, a la primera porque no cumplió su promesa de venir a buscarlo en cinco años, dejándolo en manos de su tía y al segundo por razones que no acaba de aclarar pero que confusamente relaciona con haber sido dominado físicamente. Dice que está haciendo mucha fuerza para olvidar cosas terribles que le han pasado. Expresa mucha preocupación por su cambio puberal que vive con ansiedad. Dice que quiere afeitarse el naciente vello genital. En la exploración médica le descubren una fisura anal, realizada con violencia, bastante reciente.

Al cabo de un tiempo de ingreso las cosas han cambiado mucho. Continúa la exhibición sexual pero ya casi no se pelea. Se reconcilia con su madre, a la que ahora adora. Ella comienza a reconectar con aquel niño al que perdió por cinco años, intenta hacerle mimos que le salen algo forzados, como artificiales. Ambos han perdido cinco años cruciales de relación. A Antonio las palizas ya no le duelen tanto y del terror que tenía a su padrastro ha pasado a tener muchas ganas de verlo. Ahora lo quiere con locura. Prefiere que olvidemos todo lo que alguna vez dijo sobre su pasado. Aún alude

vagamente a cosas que le han ocurrido, pero cada vez es menor la gravedad de todo lo sufrido. Intenta visiblemente dulcificar su historia y unirse con su madre en la adoración que ésta siente por su marido. La historia no ha acabado aún.

He traído estos dos casos para señalar alguna coincidencia, en especial el recurso a la estrategia defensiva con la que ambos funcionan. La fusión amorosa idealizada con el agresor o el cuidador negligente es un recurso ya clásicamente estudiado en los anales de la literatura sobre abuso y maltrato. Tanto Jorge como Antonio resuelven sus angustias de perder a sus figuras primarias mediante la idealización, la identificación acrítica con los ideales del otro. Ante un extraño reaccionan de manera globalmente seductora, el primero echándose a los brazos, en una exhibición de entrega que pretende desactivar preventivamente toda intención agresiva y Antonio exhibiendo al principio teatralmente toda su realidad de niño abusado. También expresa de manera melodramática su adoración por su madre y padrastro. Ya sabe que su madre depende del marido y que la manera de no perderla es someterse a la imagen de inmigrante perfecto que el padrastro le exige. En una sesión les dice candorosamente que quiere tener una camiseta del Real Madrid con el nombre de Ronaldinho y otra del Barça con el nombre de Van Nistelroy. Sorpresa general. En el fondo Antonio no se engaña sobre las posibilidades de la pareja de su madre con su príncipe azul, y se disfraza de un personaje imposible, temiendo seguramente que sea él quien los separe.

Esta vocación identificatoria con el ideal del otro resulta útil en el corto plazo pero deja las cosas peor que antes. Tamaña alienación en el deseo de sus madres, capturadas como están éstas en la idealización amorosa de sus hombres, resulta una estrategia de supervivencia que deja pocas dudas sobre que harán estos niños a medida que vayan dejando de serlo. Futuras venganzas o repeticiones del ciclo maltratante, el tiempo nos lo dirá. Por suerte la vida es bastante larga, y también esperamos que para algo sirva lo que intentamos hacer para ayudarlos en el presente.

Estos niños apelan a la captura imaginaria (dicho en clave lacaniana) con el adulto amado, olvidan interesadamente el daño recibido y se alienan sacrificialmente idealizando el proyecto del adulto a conservar, en ambos casos la madre, aunque en el caso de Jorge, por suerte para él también hay una abuela con la que se vincula de manera menos gravosa para su equilibrio psíquico. Si suponemos que la defensa predominante es esta alienación identificatoria en la imagen ideal del otro, tendremos que preguntarnos ahora cual será el argumento oculto de la angustia.

La angustia es el afecto que no puede decir su nombre. “Angustia” es un nombre pantalla para lo que no puede ser nombrado. En el nivel de la neurosis hablaríamos de un deseo oculto dentro de un gran temor, pero no estamos hablando de dicha dimensión clínica, y la constitución del fantasma y del deseo es todavía una hipótesis en nuestros casos. Estamos hablando de la repetición del trauma, repetición prácticamente garantizada en el futuro de estos niños si dejamos que se consolide la defensa idealizante fusional.

Lo que no puede ser nombrado es la representación que produce el afecto que acabará siendo angustioso. Los afectos son juicios de valor que produce nuestra mente respecto de las percepciones. La angustia es angustiosa, digámoslo así, porque expresa la valoración dolorosa que el aparato psíquico realiza de determinadas escenas impresas en la memoria. El afecto angustioso llama la atención sobre otro afecto que no puede ser nombrado porque las escenas mentales que lo motivan son demasiado terroríficas para poder ser aceptadas en la conciencia. Fantasías que, a diferencia de las diurnas, proponen escenas monstruosas y cuando las podemos ver en la comunicación del paciente entendemos con facilidad que les puedan producir tanto terror.

Volviendo a nuestros niños. Si nos preguntamos sobre el afecto inherente a sus manifestaciones angustiosas y la defensa erigida contra ellas, me inclinaría por considerarlo como un sentimiento entre confusión y vergüenza, quizás la vergüenza como solución al estado de confusión. La vergüenza de ser un objeto de tamaña agresión degradante para su ser y dignidad. En algunos casos (especialmente en casos de abuso sexual muy prolongado) se observa a veces como la vergüenza constituye el eje de la construcción de la subjetividad futura.

Las manifestaciones de Jorge riñendo a sus juguetes o intentando arrancarse la piel de la cara a tiras, o las de Antonio antes de convertirse en un devoto de su padrastro, cuando aún repetía (imitándolo rabiosamente) las palabras de desprecio de aquel por su lengua y país de origen, sugieren que estos niños han sido avergonzados por alguna razón considerada un defecto por el agente de la humillación y han reaccionado avergonzándose a su vez de haber recibido este maltrato, de la identidad que han de suponer la suya para haber sido objeto del mismo.

¿Tengo que ser despreciable para que me quieran? La respuesta será diferente para la víctima de maltrato físico, como Jorge o el de maltrato más abuso sexual, como Antonio. Del castigo físico puede haber una vía de escape, volviéndose valioso,

obedeciendo más y mejor y en el fondo renunciando a la infancia. Para el abusado sexual se plantea el dilema de que para mantener el vínculo con el otro que lo quiere (de esta manera abusiva) ha de seguir siendo despreciable (Malacrea, 2000).

Quiero hacer algunos comentarios sobre dos aspectos que considero importantes. Uno es el del papel que juega la mirada, en estos niños y en otros en casos similares.

Jorge y Antonio son muy sensibles a las miradas de los demás. Tienen historia, implícita pero fácil de imaginar en el caso del primero y explícita y cargada de significado en el caso del segundo. Son niños que bajan la vista, que les cuesta sostener la mirada, como si estuvieran convencidos de que sus ojos son menos que los de los otros, o que llevan en ellos la marca del estigma. Exageradamente abiertos y forzando una sonrisa en el caso de Jorge y huidiza y llena de miedo en el de Antonio, a quien el padrastro le increpaba diciendo “¡mírame a los ojos!”. Como anécdota (no tan anécdota) mencionaré que en una oportunidad en que un educador tuvo la desventura de decirle que le mirara a los ojos mientras le hablaba, Antonio reaccionó con una fuerte crisis agresiva.

El otro punto, y con esto acabaré, se refiere a la expresión verbal de las angustias traumáticas, a la relación entre angustia y lenguaje.

Los analistas tendemos a creer que hasta que las cosas no llegan a la palabra no pueden ser debidamente recordadas, pensadas y elaboradas. Quizás este era el sentido oculto en la frase del principio. Si cuando dice que está angustiado es que no lo está, será que ahora que puede decirlo *ya* no lo está. De todas maneras nuestra extendida preferencia teórica por el lenguaje, que a veces llega hasta el punto de creer que sin lenguaje no habría pensamiento, actualmente no se puede sostener. Desde la revolución cognitiva en la ciencia psicológica ya se sabe que pensamiento y lenguaje son dos funciones distintas, aunque ambas mejoren en su interacción. Lo que quiero decir para ir al grano, es que hay más maneras de elaborar que la verbal y que tratar pacientes con traumas severos es un buen campo de experimentación sobre estas diferentes posibilidades de trabajar sobre las formas de la memoria.

Las angustias de aniquilación, los estados de confusión y las vergüenzas esenciales no suelen permitir un abordaje terapéutico estrictamente verbal, me refiero a la escucha empática y la interpretación, incluso en sentido amplio de la noción de interpretación. Hace tiempo que yo me apoyo muy ventajosamente en ejercicios de hipnosis ericksoniana, programación neurolingüística y recientemente también EMDR.

Estos métodos demuestran que también se puede elaborar sin casi hablar, encadenando imágenes visuales o sensaciones en el transcurso de algún ejercicio, o favoreciendo la traducción entre representaciones sensoriales, visuales y sonoras, en cualquier orden y apelando al lenguaje como instrumento de síntesis. O apelando a la imaginación del paciente para construir narraciones alternativas a las coaguladas en sus síntomas.

Este no es el momento de hablar en detalle de estos recursos terapéuticos, sólo quiero recalcar que emplearlos requiere ampliar el concepto de comunicación, de verbal para abajo si alguien prefiere decirlo así (incluso yo lo prefiero, quizás por aquella inercia que antes criticaba) hasta el punto de entender que arrancarse la piel de la cara como Jorge, o repartir puñetazos en la oscuridad a plena luz del día como Antonio, también son comunicación, mensajes cifrados que está dirigiendo a quien pueda entenderlos. Aunque confieso que al decir esto siento que estoy diciendo una banalidad y que todos podríamos estar de acuerdo. Además ya lo había dicho Freud, cuando observaba a Dora jugando con el broche de su cartera.

BIBLIOGRAFÍA

MALACREA, M. (2000). *Trauma y reparación*. Barcelona, Paidós.